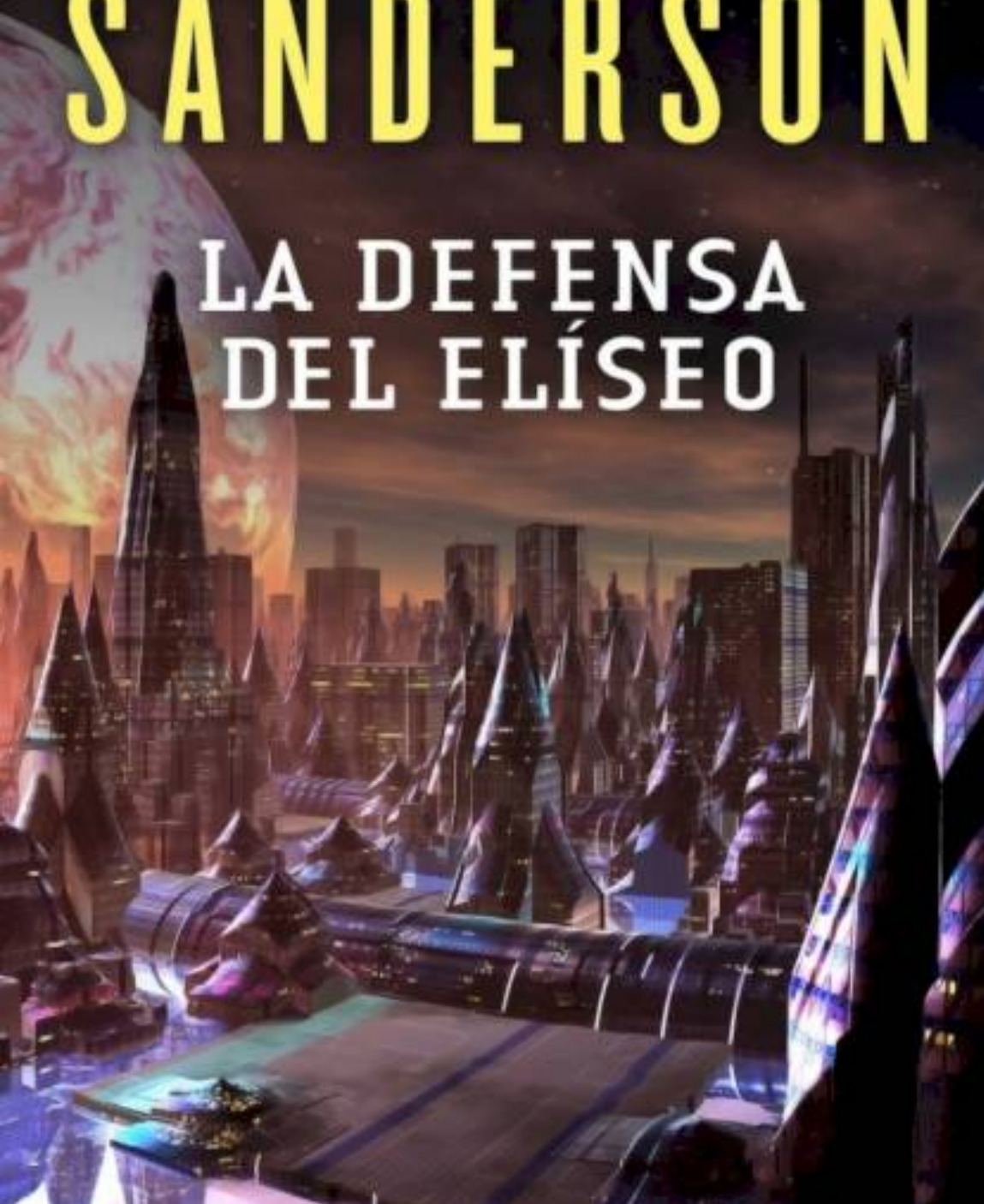


BRANDON SANDERSON

LA DEFENSA DEL ELÍSEO



Ambientado en el mismo universo que la saga «Escuadrón». Ganador del premio UPC.

Siglos antes de que Spensa mirara hacia el cielo desde el planeta Detritus, en la antigua Tierra antes de que se perdiera, Jason Write se enfrentó a una pregunta crucial: ¿estaba la humanidad lista para unirse a la sociedad galáctica?

Cuando una pequeña compañía telefónica anticuada y casi en quiebra descubrió las comunicaciones superlumínicas en 2071, especies extraterrestres como los tenasi y varvax las escucharon y visitaron la Tierra, estableciendo el Primer Contacto. Desde entonces, ante la inferioridad intelectual humana, la Compañía Telefónica ha sido la intermediaria entre los humanos y las poblaciones galácticas, por lo que sus agentes como Jason operan por encima de la ley impuesta por los Gobiernos Unidos.

Ahora, en la estación espacial Vísperas, una científica de la Compañía Telefónica ha desaparecido para posteriormente aparecer en un hospital con amnesia, y Jason es enviado a investigar. Justo cuando llega, se descubre el cuerpo muerto de un embajador varvax, que seguramente provocará un incidente galáctico. Coln Abrams, de la Organización de Inteligencia de los Gobiernos Unidos, aprovecha la oportunidad para investigar a Jason mientras lidia con la crisis. Esta podría ser la oportunidad de la OIGU para descubrir los secretos de la Compañía Telefónica: ¿cómo funciona la comunicación superlumínica? ¿Qué esconde Jason?

BRANDON SANDERSON

LA DEFENSA DEL ELÍSEO

La mujer se revolvía entre espasmos tumbada en una cama de hospital. Tenía el cabello oscuro pegado a la cabeza por el sudor y sus movimientos descontrolados parecían casi epilépticos. En cambio, sus ojos no tenían el frenesí de la locura, sino que se veían enfocados. Decididos. La mujer no había perdido el juicio: era solo que no podía controlar los músculos. No dejaba de mover las manos por delante haciendo unos gestos torpes, unos gestos que a Jason le resultaban extrañamente familiares.

Y lo hacía todo en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra.

Jason apagó el holovideo y se reclinó en la butaca. Lo había visto ya una docena de veces, pero aun así el vídeo seguía desconcertándolo. De todos modos, no podría hacer nada hasta que llegara a Vísperas. No le quedaba más remedio que esperar.

Jason Write siempre se había sentido identificado con las Plataformas Exteriores. Había algo en la forma en que flotaban solas en el espacio, sin dejarse reclamar por planeta ni estrella alguna. No eran solitarias, sino... independientes. Autónomas.

Jason iba sentado junto al ojo de buey del transbordador, por el que se veía Vísperas mientras la nave se aproximaba a ella. La plataforma, como todas las de su tipo, era una lámina metálica de ochenta kilómetros de longitud con edificios asomando de sus dos caras. No era una nave, ni una estación espacial siquiera, sino apenas una sucesión de edificios aleatorios rodeados por una burbuja de aire.

De todas las Plataformas Exteriores, Vísperas era la más remota. Situada entre las órbitas de Saturno y Urano, era el puesto de avanzada humano más alejado en el espacio profundo. En cierto modo era como un pueblo fronterizo del antiguo Oeste, señalando el límite de la civilización. Solo que en el caso de Vísperas, opinara lo que opinase la humanidad, la civilización estaba al otro lado de la frontera, no en su interior.

A medida que la nave se aproximaba, Jason pudo empezar a sentir los alzacios y edificios individuales de la ciudad, muchos de ellos conectados por pasarelas. Tenía los ojos vueltos hacia el ojo de buey, pero la postura era irrelevante. Lo habían declarado legalmente ciego al cumplir los dieciséis años. Hacía mucho tiempo que ya no podía distinguir ni siquiera las sombras y la luz. Por suerte, contaba con otras maneras de ver.

Podía sentir las luces que brillaban en las ventanas y las calles. Para él, su resplandor blanco era un leve zumbido en la mente. También podía sentir la hilera de edificios que emergían, de un modo que casi le recordaba a las si-

luegas recortadas contra el horizonte de un antiguo paisaje urbano de la Tierra. Por supuesto, en Vísperas no había un verdadero horizonte ni un cielo. Solo la negrura del espacio.

«Negrura». Voces riéndose al fondo de su mente. Recuerdos. Jason los apartó.

La lanzadera entró en la envoltura atmosférica de Vísperas. La plataforma no tenía esfera exterior ni campo de fuerza como los que utilizaban algunas estaciones espaciales más antiguas. Los generadores gravitatorios elemento-específicos habían eliminado la necesidad de esos mecanismos y habían abierto el espacio a la humanidad. Los GGE y los generadores de fusión implicaban que la especie humana podía escupir un pedazo de metal inerte al espacio y poblarlo con millones de individuos.

Jason se reclinó mientras la lanzadera iniciaba la aproximación final. Viajaba en un compartimento privado, por supuesto. Estaba bien amueblado y era cómodo, como requería un trayecto tan largo. La estancia aún conservaba el tenue aroma del filete que había tomado para cenar, pero por lo demás tenía un olor estéril, a limpio, que le gustaba. De haber tenido casa, Jason la habría mantenido también de ese modo.

«Supongo que se acabaron las vacaciones», pensó. Se despidió en silencio de su relajada soledad, levantó la mano y tocó el pequeño disco de control que llevaba sujeto a la piel detrás de la oreja derecha. Sonó el chasquido que indicaba que su llamada estaba transmitiéndose por el vacío hasta la lejana Tierra. La comunicación superlumínica era un regalo entregado a la Tierra como recompensa por la pifia diplomática más garrafal de toda su historia.

–Caramba, por fin me llamas –dijo una animada voz femenina en su oído.

Jason suspiró.

–¿Lanna?

–Ajá.

–¿No hay nadie más por ahí? –preguntó Jason.

–No, estoy solo yo.

–¿Y Aaron?

–Asignado con Riely –dijo Lanna–. Están investigando los laboratorios de la CLA en la plataforma Júpiter Diecisiete.

–¿Doran?

–De baja por maternidad. Te toca aguantarme a mí, viejales.

–No soy un viejales –repuso Jason–. La lanzadera acaba de llegar. Voy a establecer un enlace constante.

–Entendido –dijo Lanna.

Jason sintió que la nave se posaba en el atraque.

–¿Dónde está mi hotel?

–Queda bastante cerca de los muelles para lanzaderas –respondió Lanna–. Es el Regency Cuarto. Tienes reserva a nombre de Elton Flippenday.

Jason se quedó callado un momento.

–¿Elton Flippenday? –preguntó en tono inexpresivo mientras notaba que las abrazaderas de atraque hacían temblar la nave–. ¿Qué pasa con mi alias de siempre?

–¿John Smith? –replicó Lanna–. Demasiado aburrido, viejales.

–No es aburrido –dijo Jason–. Es discreto.

–Ya. Bueno, pues he visto piedras menos «discretas» que ese nombre. Es aburridísimo. Se supone que los agentes lleváis una vida emocionante y peligrosa, así que John Smith no te encaja.

«Va a ser una misión muy larga», pensó Jason.

Un leve zumbido en el compartimento le indicó que el atraque había concluido. Jason se levantó, recogió la única maleta que llevaba, se puso las gafas de sol y salió al pasillo. Sabía que las gafas quedaban raras, pero sus ojos ciegos tendían a poner nerviosa a la gente. Sobre todo cuando dicha gente se percataba de que era evidente que podía ver a pesar de sus pupilas desenfocadas.

–Bueno, ¿qué tal el viaje? –preguntó Lanna.

–Bien –respondió Jason con sequedad.

Cruzó el pasillo de la lanzadera e hizo un asentimiento agradecido al capitán. Dirigía una buena tripulación: en opinión de Jason, toda tripulación que lo dejara en paz era buena.

–Venga, hombre –insistió Lanna en su oído—. No puedes dejarlo en un «bien». ¿Qué te han puesto de comer? ¿Has tenido algún problema con...?

Lanna siguió parlotando, pero Jason dejó de prestarle atención. Estaba concentrado en otra cosa, un leve gorjeo que había distinguido en la voz de Lanna. Duró menos de un segundo, pero Jason supo al instante lo que significaba. La línea estaba pinchada.

Aunque Lanna sin duda también lo había oído –era locuaz, pero ni por asomo incompetente–, siguió hablando como si no pasara nada. Esperaría a que Jason le diera la señal.

–¿Qué tal los chavales? –preguntó Jason.

–¿Mis sobrinos? –dijo Lanna, acusando recibo de la solicitud codificada sin perder el ritmo de la conversación—. El mayor está bien, pero el pequeño ha pillado la gripe.

El pequeño era el que estaba enfermo. Significaba que el pinchazo estaba en el lado de Jason, no en el de ella. «Interesante», pensó. Alguien había logrado acercarse lo suficiente para escanear su disco de control sin que Jason se diera cuenta.

Lanna se quedó callada. Estaba preparando un bloqueo para el pinchazo, pero no lo ejecutaría hasta que él lo ordenara. Jason no lo hizo.

Salió de la lanzadera y recorrió la corta pasarela hasta la terminal de llegadas. Ante él se extendía una serie de arcos de control para detectar armamento. Jason los cruzó sin preocuparse, porque no había escáner en el espacio humano capaz de descubrir sus armas. Saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa al pasar junto a un guardia,

que olía un poco a tabaco y llevaba un uniforme azul que la mente de Jason captó como un ritmo palpitante. El guardia frunció el ceño al ver la insignia plateada de la CT en la solapa de Jason y lanzó una mirada suspicaz a la pantalla del escáner.

Jason se apartó a un lado mientras los demás pasajeros se ponían en fila ante el mostrador de registro y fingió que estaba buscando su identificación. Bajó sus inútiles ojos y se quedó observándolos con su sentido. Casi todos vestían el ritmo suave del azul marino, el rugido del blanco o el silencio inmóvil del negro. No había ningún pasajero que destacara, pero de todos modos Jason memorizó las pautas de sus rostros. Quienquiera que le hubiese pinchado la línea debía de haber llegado con él en la lanzadera.

Cuando hubieron pasado todos, Jason fingió que encontraba su identificación, de las antiguas de plástico, no las nuevas tarjetas de holovideo. Un agente de seguridad con aspecto cansado y olor a café le cogió la identificación y empezó a procesar sus documentos. Era joven y tenía la piel tintada de azul, siguiendo una de las tendencias de moda más recientes. Trabajaba despacio y los ojos de Jason se desviaron al holovideo que había detrás del mostrador. Estaba reproduciendo un noticiario.

«... hallado asesinado en un edificio de incineración», estaba diciendo la presentadora.

Jason se irguió de golpe.

—Jason —dijo en su oído la voz de Lanna con tono apremiante—. Acaban de dar una cosa en las noticias. Ha habido un...

—Lo sé —la interrumpió Jason mientras recuperaba su identificación.

Salió corriendo del puesto de aduana hacia la calle.

El capitán Orson Ansed, del Departamento de Policía de Vísperas, caminaba con prisa por los suburbios de Carriba. Aún le extrañaba que en Vísperas hubiera suburbios. Todos los edificios de la plataforma estaban hechos de costoso telanio, un metal plateado ultraligero que no se oxidaba ni se resquebrajaba. De hecho, la mayoría de los edificios estaban prefabricados junto con la plataforma y eran extensiones de su carcasa con forma de lámina. Los edificios estaban bien contruidos y eran espaciosos y elegantes.

Y aun así, había barrios bajos. Daba igual que la gente pobre de Vísperas viviera en casas que muchos terranos acaudalados no podrían permitirse. En términos comparativos seguían siendo pobres y, de algún modo, sus viviendas lo reflejaban. El barrio exudaba un aire de desesperanza. Sus edificios brillantes y modernos tenían cortinas raídas en las ventanas y ropa harapienta en las cuerdas de tender. Se veían muy pocos aerocoches y muchos peatones.

—Es por aquí, capitán —dijo un subordinado de Orson, señalando hacia un edificio.

Era una construcción larga y achaparrada, aunque, como todos los edificios de la plataforma, tenía otras estructuras construidas encima. El agente, un novato llamado Ken Harris, llevó a Orson al interior, donde los asaltó un áspero olor a humo. El edificio era una planta incineradora para el reciclaje de material orgánico.

Había más agentes moviéndose por la penumbra de la sala. Al igual que casi todos los edificios de Vísperas, aquel estaba poco iluminado. La lejanía de Vísperas respecto al sol la mantenía en un estado de perpetuo crepúsculo y los habitantes de la plataforma se habían acostumbrado a vivir más a oscuras. La mayoría ponían la luz tenue

incluso en sus casas. Esa costumbre había molestado a Orson al principio, pero ya casi ni se daba cuenta.

Varios agentes le hicieron el saludo reglamentario, que Orson descartó con un gesto impaciente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—Venga a ver, señor —dijo Harris, serpenteando entre la maquinaria hacia el fondo de la sala.

Orson fue tras él hasta que se detuvieron junto a un enorme incinerador. Tenía forma de cilindro tumbado, con la cara metálica lisa y oscura. Había un portillo abierto en la parte de abajo, que dejaba ver el polvo acumulado en la base. Entre los restos y la ceniza se distinguía un gran fragmento de caparazón, tiznado de negro por el calor.

Orson renegó en voz baja mientras se arrodillaba junto a la abertura. Dio unos golpecitos al caparazón con una vara de remover.

—Supongo que este es nuestro embajador desaparecido, ¿verdad?

—Eso creemos, señor —respondió Harris.

«Estupendo», pensó Orson con un suspiro. Los varvax habían estado preguntando por su embajador desde que le perdieran la pista dos semanas antes.

—¿Qué sabemos? —preguntó Orson.

—No mucho —dijo Harris—. Estos incineradores se vacían una vez al mes. El caparazón lleva ya tiempo dentro, porque apenas queda nada. Si hubiéramos llegado más tarde, ni siquiera lo habríamos encontrado.

«Casi sería preferible así», pensó Orson.

—¿Qué registró la red de sensores?

—Nada —respondió Harris.

—¿La prensa se ha enterado? —preguntó Orson esperanzado.

—Me temo que sí, señor. El operario que encontró el cuerpo filtró la información.

Orson suspiró de nuevo.

—Muy bien, pues entonces...

Dejó la frase en el aire. Había una figura silueteada en el umbral de la puerta abierta del edificio, alguien sin uniforme policial. Orson maldijo entre dientes, levantándose. Los agentes apostados en el exterior tenían orden de no dejar pasar a la prensa.

—Disculpe —dijo Orson, caminando hacia el intruso—, pero esta zona está restringida. No puede...

El hombre no le hizo caso. Era alto y delgado, con la cara triangular y el pelo moreno muy corto. Llevaba un sencillo traje negro, un poco anticuado, pero que por lo demás no destacaba en nada, y gafas oscuras. Pasó rozando a Orson con un aire de desinterés.

Orson estiró el brazo para agarrar al insolente desconocido, pero entonces se detuvo. El hombre llevaba una reluciente insignia en la solapa, con forma de campanilla plateada.

«¿Cómo es posible? —pensó Orson, asombrado—. ¿Cuándo ha llegado aquí un agente de la CT? ¿Cómo lo han sabido?». Pero esas preguntas no importaban demasiado: fueran cuales fuesen sus respuestas, una cosa estaba clara. La jurisdicción de Orson terminaba allí mismo.

Había llegado la Compañía Telefónica.

El suceso había tenido lugar por fin ciento cuarenta años antes, en 2071. Por extraño que pareciera, quien había hecho el primer contacto fue una empresa telefónica anticuada y casi en la ruina.

Northern Bell Incorporated había estado en el bando perdedor del progreso tecnológico. Mientras su competencia investigaba y desplegaba la tecnología de holovideo, Northern Bell había intentado algo un poco más atrevido: el enlace telepático basado en la cibernética.

La cito, como la habían apodado, resultó ser un fracaso. La tecnología de holovideo no solo era más barata y estable, sino que además funcionaba. La cito no había funcionado, o por lo menos no como esperaba Northern Bell. En los últimos días antes de su inminente bancarrota, la empresa había logrado al fin hacer pasar unos pocos sonidos por el sistema. Esos sonidos, que no impresionaron mucho a los controladores humanos, también se proyectaron sin que ellos lo supieran a través del espacio, y terminaron llegando a unos seres conocidos como los tenasi. La respuesta que enviaron los tenasi fue el primer contacto con una especie alienígena que la Tierra había conocido jamás.

El segundo contacto lo estableció el ejército de Gobiernos Unidos cuando derribó por accidente una nave diplomática tenasi. Pero esa era otra historia muy distinta, claro.

—¿Llevaba dos semanas desaparecido? —preguntó Jason, arrodillándose ante el caparazón quemado. El silencio en su mente indicaba un ominoso color negro.

—Sí, señor —dijo el oficial.

—Ajá —dijo Lanna casi a la vez.

—¿Por qué no se me informó de esto? —preguntó Jason.

El oficial pareció confundido un momento antes de comprender que Jason no estaba hablando con él. Los aurienlaces eran un elemento muy común, aunque algo desconcertante, de la vida moderna.

—Pensaba que ya estabas al tanto, viejales —dijo Lanna—. ¿Sabes, Jason? Para ser un espía sabelotodo, estás muy desinformado.

Jason gruñó y se levantó. Lanna tenía razón: Jason debería haber echado un ojo a las noticias de Vísperas durante el viaje. Pero ya era demasiado tarde.

El oficial se quedó mirando a Jason con frialdad. Las emociones del hombre eran fáciles de leer. No mediante el uso de sus sentidos cito, aunque la gente supusiera equivocadamente que los psiónicos eran telépatas. No, Jason podía interpretar las emociones del oficial porque estaba acostumbrado a tratar con los cuerpos policiales allá donde iba. El oficial se sentiría molesto con él por interferir en su investigación. Pero al mismo tiempo estaría aliviado. Las fuerzas de la ley siempre se veían abrumadas cuando tenían que ocuparse de otras especies. Los alienígenas eran jurisdicción de la Compañía Telefónica. La CT era quien había establecido el primer contacto, y quien había sacado de apuros a la Tierra negociando después del incidente con los tenasi. La CT había llevado la comunicación superlumínica a la humanidad.

Así que el oficial que miraba a Jason estaba enfurruñado pero también agradecido. Jason oía a los demás agentes murmurar desde las paredes de la sala, furiosos por su intromisión. «Dichosa CT, ¿se puede saber qué hace aquí?». «¿Te has fijado en cómo nos mira?». «No ves nada, ¿verdad? ¿Qué tienes delante de la cara?». «¿No será mi puño? ¿Lo verás venir si te atizo? A lo mejor así aprendes a...».

—¿Jason? —sonó la voz de Lanna en su oído.

Jason volvió en sí de golpe, contrajo los músculos, notó que se evaporaban los recuerdos. Seguía arrodillado

junto al incinerador. El oficial aún estaba de pie mirándolo, la sala seguía apestando a humo y todavía se oía a los reporteros discutir con los agentes fuera del edificio.

–Estoy bien –susurró Jason.

Se levantó, se sacudió el polvo del traje y siguió escuchando a los periodistas. Al igual que los policías, darían por sentado que había llegado a la plataforma con el objetivo de investigar la muerte del embajador. No se pararían a pensar que la lanzadera de Jason había partido en dirección a Vísperas más de un mes antes del asesinato. Para ellos, había muerto un alienígena y acababa de llegar un agente de la CT. Blanco y en botella.

–No debería haber venido al escenario del crimen –masculló Jason.

–¿Y qué ibas a hacer si no? –replicó Lanna–. Es nuestro deber, al fin y al cabo.

–El mío no –dijo Jason–. Yo estoy aquí para encontrar a una científica desaparecida, no para investigar un asesinato. –Siguió hablando en voz más alta–. Estoy seguro de que la policía de Vísperas es más que competente. Que lo investiguen ellos y la CT se ocupará de las negociaciones diplomáticas.

El capitán puso cara de sorpresa. Pero, en apariencia no sabiendo muy bien qué otra cosa hacer, lo saludó llevándose la mano a la frente. Jason asintió y se volvió para marcharse.

–Tampoco es que las «negociaciones diplomáticas» vayan a ser muy complicadas –comentó Lanna–. Los varvax son tan rematadamente mansos que seguro que acaban disculpándose por las molestias causadas al asesino.

–Sí que son todos así –dijo Jason, saliendo por la puerta principal del edificio–. Y ahí está el problema, ¿verdad?

Hubo un momento de sorprendido silencio cuando los periodistas congregados se dieron cuenta de quién era Jason. Rodeaban a un grupito de policías acosados y el revuelo estaba atrayendo una muchedumbre de curiosos.

Entonces los reporteros estallaron en preguntas. Jason les hizo caso omiso y se abrió camino entre la multitud. Tenía la cabeza gacha y la mano alzada para dar a entender que no iba a hacer declaraciones. Entretanto, estaba mirando con la mente.

Estudió el gentío, internándose a través del zumbido y el palpito de los colores. Escrutó hasta el último rostro y los comparó con los que tenía memorizados. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa cuando encontró lo que buscaba. La prensa dejó que se marchara, acostumbrada a que la CT nunca les diera ninguna respuesta. A su espalda, Jason oyó a los reporteros emitiendo segmentos de vídeo en directo. No acertaban ni en un solo dato, por supuesto. Había miedo en sus voces, un temor a lo que no comprendían, un temor a las represalias que podrían llegar. En su mundo, las represalias se daban por hechas. En su mundo, la gente hacía daño a lo que era más débil que ella.

Jason siguió andando con la cabeza agachada. Por detrás de él, un hombre se desgajó del grupo de mirones y vagó en su dirección, esforzándose por pasar desapercibido.

—Ojalá hubiera más flores —dijo Jason.

Un segundo más tarde sonó un chasquido en su oído. Entonces Lanna suspiró.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó en tono molesto—. Llevaba esperando a que dieras la orden desde que has bajado de la lanzadera. No me hace ninguna gracia saber que tenemos un intruso en la línea.

Jason siguió con su andar relajado. Su perseguidor iba tras él, con la habilidad de alguien bien entrenado, pero cometiendo todavía errores de novato. Mantenía el paso regular, así que lo más probable era que no hubiese notado el cambio. En esos momentos estaría escuchando una conversación falsa entre Lanna y Jason. Por algún motivo, Jason sospechaba que no le interesaba saber qué clase